

Strejilevich, Nora. El arte de no olvidar. Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90. Buenos Aires: Catálogos, 2006. 152 pp.

“...sigue la desidia burocrática y la intangible voluntad de conducir el país a imagen y semejanza de otros, sin intención de asentarse en sí mismo, pese a los esfuerzos que por voluntad histórica de los pueblos habrá de hacerse en el futuro próximo, donde esperamos que las llamadas de atención que vienen desde el lado de los “otros”, sirvan de algo más que temas de reflexión. Es por allí por donde pasa el tema de la “reconciliación”. No es posible que esperemos otro período similar al que nos tocó vivir en las décadas del 80 y el 90.”

Ernesto Lumbreras, Violencia y mentalidad colonial en el Perú. Fundamentos para una crítica de la razón colonial, Lima: Instituto Nacional de Cultura, Cusco-Universidad Nacional de San Marcos, 2006, 36.

Sin duda uno de los privilegios del lector es hacer sus conexiones en el momento de su lectura. Más aún, si la ocasión sirve para animar a otros lectores ha experimentar similar experiencia. En mi caso particular, leo el epígrafe del etnoarqueólogo peruano teniendo en mente todas mis experiencias con los indígenas de mi país y tratando de digerir la dimensión social y humana de las injusticias sufridas. Lo que me llama la atención es que también me encuentre interpelado por el horror de otros “otros”, no indígenas, quizás más familiares a mi condición de educado de clase media, interesado en leer literatura. En tiempos de recomposición del canon literario y abandono de las prácticas artísticas, una reflexión como la que realiza Nora Strejilevich trasciende las expectativas del lector habitual de textos críticos—de la literatura testimonial en este caso—. El arte de no olvidar aporta al lector común un espacio de reflexión de la dignidad humana que combina lo ético con lo estético. Más que resaltar los rasgos literarios que son obvios porque la autora es una exitosa practicante de su propio relato—su novela testimonial Una sola muerte numerosa basta de por sí—, haciendo de su lenguaje un texto fluido y libre de tecnicismos y jerga académica, con citas de tono personal y como un útil catálogo de libros interesantes sobre la memoria de genocidios históricos, me interesa de sobremanera enmarcar mi lectura en el contexto de una desideologización del género testimonial que selecciona a sus sujetos ya no por su identidad y roles políticos—específicamente su afiliación de izquierda—, sino por el abuso del Estado como se evidencia en el informe final de la comisión peruana de la verdad y reconciliación—de los 9 tomos de 4,500 páginas en total que pueden leerse en [www.cverdad.org.pe](http://www.cverdad.org.pe), resalto los capítulos sobre las audiencias públicas, las recomendaciones y las cifras abrumadoras de 69,280 víctimas fatales en 20 años de lucha antisubversiva, de las cuales 75% no tenían al castellano como lengua materna—. La relación que encuentro entre este informe—y el epígrafe de Lumbreras— y El arte de no olvidar no es obvia y tiene que ver con una perspectiva crítica del poder que lamentablemente suscita acercamientos desconfiados y lecturas simplificadoras de lo que la literatura testimonial ofrece, como el tema del indio lo fue para la ensayística latinoamericana en cuanto a su frustración por pensar y sentir un margen sustantivo de la sociedad racista. Creo que la imposibilidad de pensar y sentir al otro tiene directa conexión con la inefable dificultad del

autocuestionamiento y del ejercicio de la autocrítica que lamentablemente ha caracterizado a nuestras sociedades. El corpus que analiza Strejilevich, sin embargo, abarca no sólo a militantes y simpatizantes de izquierda, víctimas de la represión militar de la ideología de la seguridad nacional, sino también escritores y aprendices de escritores poseedores de una gran capacidad crítica y autocrítica, dialogante con el presente. Lo interesante de este estudio es que su consciente reconstrucción de la memoria colectiva apunta, como explícitamente sostiene el informe final de la comisión de la verdad en Perú, a un programa integral de reparaciones que busca trascender las limitaciones ideológicas que algunos críticos como Emil Volek le han puesto al género testimonial—ver su artículo “Los entramados ideológicos del testimonio latinoamericano” en Chasqui 31.2 (2002): 44-74---. La autora señala desde su “nota preliminar” la importancia del debate de esta literatura testimonial en tanto

Se ha instalado entre nosotros un debate que parece por fin abocado a la resignificación del pasado reciente; por eso me parece oportuno entregar esta lectura de testimonios...” (10)

Primordialmente se trata de testimonios de sobrevivientes de una experiencia no sólo catastrófica, sino de “lección de campo” o estado de excepción: la marca del testimonio y lo que dice es que “en la banalidad está el mal” (10).

En “La verdad del testimonio” se pone en evidencia la falibilidad del testimonio de quien sufrió abusos: imprecisión de datos, limitaciones del lenguaje, transmisión de la dimensión subjetiva, el poder mismo del estado de excepción del maltrato y desaparición. Pero también se resalta la dimensión ética del abusado que es superior a la del estado totalitario abusador en tanto revela sus marcas y sus efectos, y se constituye en un espacio de resistencia social y cultural “un deber para la recuperación ética de la comunidad” (17). De lo que se trata es de transmitir la fuerza de la experiencia, y ello ya trae de por sí el problema de encarnar esa verdad—la del abuso, la persecución, el aniquilamiento, el sufrimiento—y el eco de una “pesadilla de impotencia y silencio frente al horror” (20). La lectura como problema estético se infunde de un valor ético, ya que es la humanidad la que se juega en verdad y el hecho de poder comunicarlo.

En “El rescate de una práctica narrativa en América latina” se hace un recuento de los principales textos testimoniales que evidencian sus claras filiaciones políticas y diferentes técnicas y que interpelan a la crítica con una “hermenéutica del exterminio” (32) donde el relato no es de fácil lectura debido a la intención del genocida de borrar la memoria. La lista es útil porque no se impone como una prospectiva académica ni como una tarea urgente del lector, sino como un desarrollo histórico del que vale la pena conocer. El lector común, como yo, que desconoce la mayor parte de títulos, podrá hacer una selección en base a sus intereses. Yo en particular pondré en mi lista de espera la novela de Rodolfo Walsh Operación masacre por el lector activo que supone, así como la de Liliana Heker El fin de la historia y la de Sergio Chejfec Los planetas por pertenecer a una década que me interesa entender a través del cine independiente argentino. También me interesan leer las novelas chilenas de Carmen Castillo, de Emilio Rojas y de Leandro Urbina porque tengo amigos que vivieron la época de Allende y Pinochet y mantengo la curiosidad del fenómeno en el cine chileno (por ejemplo, la inolvidable película Machuca de Andrés Wood).

En “Exclusión, exilio y testimonio” y “Las voces del exilio” la filosofía de la exclusión estatal sirve de marco para hacer otro recuento literario de obras sobre el exilio como

experiencia traumática donde todo ha perdido su sentido (otra vez, querido lector, a confeccionar su lista preferida, vale la pena, yo empezaré con Héctor Tizón y La casa y el viento). El punto central es que la narrativa ha cambiado de forma de narrar, lo cual ha favorecido la crítica político-social y la reflexión existencial (40).

En la sección dedicada a los textos testimoniales de Chile se organiza un panorama muy exhaustivo de obras diversas que pasan por memorias de grupos musicales como Inti-Illimani, obras de teatro, hasta la narrativa experimental de Diamela Eltit. Destaca la periodista Patricia Verdugo, entre muchas otras autoras, para detenerse en un análisis mucho más detallado del testimonio Tejas verdes: diario de un campo de concentración en Chile de Hernán Valdés, donde la autocrítica frente al terrorismo de estado resalta además de sus recursos literarios por recrear la extrema maldad que se experimenta en un campo de concentración. Otro texto analizado es Mis primeros tres minutos de Emilio Rojas donde se ejemplifica la jerga de los torturadores al extrapolar los primeros tres minutos a la experiencia penosa y larga de tres diferentes campos de reclusión, y el horror de la tortura y de la delación de conocidos, la experiencia de la traición. Lo interesante es que ambos autores no eran militantes políticos, aunque sus textos recordatorios llegan a plasmar una forma de activismo.

La sección sobre los testimonios de Argentina evidencia la falta de integración del corpus tan diverso y múltiple que incluye artistas plásticos, fotógrafos y cineastas, aparte del teatro callejero, las instalaciones públicas y las murgas. Sin embargo, aunque queda insatisfecha la demanda de justicia y de reparación en cuanto la cultura y la sociedad que enmarcó la maquinaria del horror continúa sin explicar, frente a las cuales intelectuales y ciudadanos comunes se silencian. De allí que los testimonios abran una articulación novedosa de memoria colectiva como poderoso eje de debate cultural (67). Se analiza al detalle Preso sin nombre, celda sin número de Jacobo Timerman como un texto judío—escrito desde el exilio en Israel--acerca de una represión de signo militar antisemita, y también como un testimonio de parte del género periodístico en el que Timerman se había destacado muy crítico de la guerrilla de izquierda. Su detención surge como resultado de querer instaurar una política del lenguaje sin las mentiras que la dictadura militar implementaba para justificar su política de exterminio físico. La autora incide en el aspecto discriminatorio de la sociedad argentina como un tema irresuelto. En el caso de la obra de Alicia Partnoy La escuelita publicado con un título en inglés y en San Francisco, se destaca más bien una diferencia del género femenino para abordar la temática del horror político: su énfasis en formas duales y colectivas de producción textual a través de una colección de relatos breves que producen un efecto cómico carnavalesco. También se resalta el hecho de que los textos literarios de Partnoy sean usados en los juicios por la Verdad. Otro texto de interés analizado por Strejelivech es la novela testimonial de Miguel Bonasso, Recuerdo de la muerte, donde se critica no sólo la brutalidad del régimen militar sino también la militarización como posición reaccionaria de los montoneros. La novela es compleja y la autora la destaca como un cruce de diversos discursos y modalidades del campo de reclusión argentino y de las situaciones del exilio. En el campo es imposible la figura del héroe, al menos en la perspectiva de la militancia que desautoriza y descrea de la lealtad del detenido que en su condición de desaparecido carece de heroicidad. Bonasso presenta las visiones maniqueas de represión y resistencia a través de una simbología religiosa que simplifica la mecánica de la represión, aunque el valor de su obra sirva a la autora para pensar críticamente en las

limitaciones ideológicas de los montoneros desde su “lógica binaria” y su “hábito de la verticalidad castrense”.

En la penúltima sección, se hace un recuento de la literatura testimonial en Uruguay, centrándose en dos textos periodísticos que recogen el testimonio de expresos de la dictadura. El primer texto pertenece al periodista González Bermejo Las manos en el fuego, donde novela la experiencia traumática de dolor del expreso tupamaro David Cámpora cuyo valor crítico documental y artístico permite al lector acceder a una historia no oficial de los hechos. El segundo texto, El tigre y la nieve de Fernando Butazzoni, es una reconstrucción ficcional a través de cartas, testimonios de terceros y el de los sufrimientos de Julia Flores en campos de detención en Uruguay y Argentina. El tercero, Amaral, crónica de una vida, de Alvaro Barros-Lémez es el recuento detallado de la recuperación de un hijo de una pareja de desaparecidos por su familia biológica que luego se mezcla productivamente con otros casos similares, para dimensionar la tragedia familiar en su realidad procesual y dolorosa.

La última sección me parece muy importante porque la autora expone abiertamente su compromiso con esta escritura testimonial desde su propia experiencia traumática y terapéutica. Se trata de una búsqueda de los hechos que tocan el corazón de la experiencia del horror, para “traducir el dolor, la incertidumbre, el quiebre insalvable que separaba este hoy de aquella década en la que nos movíamos como peces en el agua sin saber que el agua estaba envenenada” (117). La posición de ser colectivo que motiva la escritura de Nora Strejilevich es un primer paso para asumir el horror desde nuestra experiencia cotidiana y mundana y hacer algo para que otras sociedades que han experimentado ese horror confíen en los puentes y en la palabra como un espacio más de acompañamiento y cura de heridas muy profundas. Esta temática dolorosa está estrechamente conectada con las estructuras de pensamiento y organización del horror que aún no se comprenden del todo. Y demanda una atención particular que podría fundamentar una poética de la solidaridad que obviamente en manos de los defensores del reino del individualismo, actuales cómplices del poder, lamentable y contradictoriamente interiorizados y actualizados en nuestras vidas, carece de sentido y de satisfacción inmediata. En manos de Nora el sentido último de la vida se asoma como una invitación para seguir luchando el llamado de las posiciones egoístas, para seguir encontrando puentes.

Roberto Forns-Broggi  
Metropolitan State Collage of Denver